
Objeto sexual y diagnóstico de un fracaso: La desheredada de Pérez Galdós

ALVARO FELIX BOLAÑOS*

En el trabajo literario que Benito Pérez Galdós desarrolla en *La desheredada* es notoria una voluntad de creación de una obra que reúne objetivos éticos y estéticos. El primero está representado en la cuidadosa y precisa organización de todos los elementos constitutivos de la historia (guardando una organización bien pensada con objetivos orgánicos), y el segundo es obvio en la voluntad crítica del autor en relación con un problema de dimensiones sociales y a cuya solución quiere contribuir con la escritura de esta novela: el problema de la educación en España como expresión particular de una más amplia situación de la sociedad en su conjunto. Ya Galdós había demostrado a través de su obra una preocupación por la situación general de su país y las posibilidades de sacarlo del anquilosamiento material y espiritual en que se encontraba¹.

Atendiendo a la organización estética que Galdós ha querido darle a esta novela, hemos querido detenernos en un aspecto de la función de un personaje muy especial que viene a constituirse en la voz más clara de las preocupaciones y opiniones del autor, así como en elemento referencial muy útil para la precisión del curso de los acontecimientos desarrollados en la obra. Se trata de Augusto Miquis, el médico amigo de Isidora Rufete, testigo cercano de sus vicisitudes, proponente de las posibilidades de redención derro-

* Profesor de literatura y español en la Universidad de Kentucky.

tadas por la indignancia moral de esta joven, y voz premonitoria y de condena de una suerte desviada y sin alternativa posible².

Augusto Miquis, al igual que muchos otros personajes claves en la obra de Galdós, tiene un nombre cuya etimología y semántica ayudan a precisar la función y la simbología que comporta. Así según el *Diccionario de la Lengua Española*, (Madrid Real Academia Española, 1925), Augusto —del latín “augustus”, dícese de lo que infunde o merece gran respeto y veneración—, alude a un carácter magnífico; y Miquis—del latín “michi”, de “ego”, yo, que en la forma plenoástica viene a significar “conmigo” —alude a una forma del pronombre personal “yo”. Tendríamos, entonces, a un personaje que sugiere con este nombre la grandeza presente en un “yo” muy bien definido. Llevando esta sugerencia a un nivel de lucubración habremos de pensar en Augusto Miquis como un ente de ficción literaria con la fortaleza de “ego” suficiente para sostener las ideas del propio Galdós en relación con la vida del personaje central así como de su entorno social. De allí que veamos siempre en él a un ser descrito con mucha simpatía por parte del narrador y exponiendo opiniones caracterizadas, unas veces por su gran sensatez, otras por su atrevimiento, y otras por su actitud evaluativa que le sirven al lector como guía en los propósitos del autor.

De otra parte, considerando el carácter femenino del personaje central, Isidora Rufete, así como los limitantes prejuicios sociales que se impone, el sexo como ambiente amenazante se hace presente en cada momento crucial en las acciones de Isidora. En esta trayectoria de acechanzas de una sexualidad omnipresente que permite mirar claramente la verdadera calidad de muchos personajes, Miquis juega un papel de cierta ambigüedad que lo presenta como individuo tan humano como los demás pero con gran capacidad de sobreponerse a las situaciones y las inclinaciones lujuriosas de las que casi todos los demás son víctimas.

La historia de *La desheredada* es la crónica del fracaso de una vida dedicada a la realización de un ideal espurio. Se acerca en este sentido a una dimensión quijotesca en la cual Galdós hace su homenaje a la obra cumbre de Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*³. Sus propósitos son los de contribuir al cierre de un tipo de educación del siglo XIX en su país que ha creado individuos tan deplorables como el que representa Isidora Rufete. Es, en otras palabras, el mismo drama del caballero manchego llevado a un contexto contemporáneo y respondiendo a

inquietudes sociales más precisas. Su resultado, a diferencia de la obra cervantina, ha sido el planteamiento escueto del problema de la educación española que ha hecho de las mujeres presas fáciles como lo representa la hija del loco Rufete.

El ataque más directo de Galdós a las instituciones educativas españolas aparece a propósito de la experiencia de Mariano, el hermano de Isidora, en uno de los colegios madrileños en donde el tratamiento que recibe no es la mejor muestra de una estrategia didáctica. Esto nos dice Galdós al describir la reacción del maestro de "un colegio de la calle de Valverde" ante el poco aprovechamiento de Rufete:

Y el maestro mismo, cargando sobre él el peso de su desdén pedagógico, solía decir, reprendiendo a cualquiera de los alumnos: Esto no se le ocurre ni al mismo Rufete. Eres más tonto que Rufete⁴.

Sumado a esto tenemos el epígrafe y el epílogo. El primero aludiendo explícitamente a la educación como una de las "dolencias sociales" cuya curación está en manos, no del trabajo sofisticado de los filósofos y políticos⁵ sino de la actividad modesta de los que él llama "verdaderos médicos": los maestros de escuela. Y como el problema central es el de la educación de los jóvenes y no la reeducación de los ya instruidos, habremos de entender a los anteriores maestros como maestros de escuelas primarias. Al fin y al cabo la historia de *La desheredada* está centrada en Isidora primero, y en Mariano después, quienes son dos personajes que aparecen como niños siedo atrofiados por una educación falsificada. El segundo llamado a este asunto de la educación como problema lo presenta el epílogo en forma de "moraleja", la cual le ha exigido al escritor una "fabula" de 482 páginas⁶.

Galdós está presentando, entonces, un problema y una alternativa de solución, no tal vez de aplicabilidad práctica inmediata, pero sí al menos, una orientación de la inquietud hacia esa fuente de muchos problemas sociales. De allí la insistencia en los personajes infantiles a quienes siempre se presentan como una muestra del porvenir de España que, en la mayoría de los casos, auguran un mal panorama, especialmente si se trata de niños de clases populares. Es muy dicente, en este sentido, la presentación de "Majito" aquel hermoso "niño Jesús vestido de torero" (p. 88) que tiene como ideal la figura de un militar símbolo de la fama y el pres-

tigio logrados rápidamente, pero cuya asimilación lleva a consecuencias desastrosas en la juventud que no tiene cauces acertados. Nos dice Galdós al mostrarnos a Majito cuando exclama: "Soy Prim!":

Ser Prim! Ilusión de los hijos del pueblo en los primeros albores de la ambición, cuando los instintos de gloria comienzan a despuntar en el alma, entre el torpe balbucir de la lengua y el retoñar, casi insensible de las pasiones. (P.95).

A pesar de la admiración que Galdós deja notar por este personaje histórico, su presencia en los ideales rudimentarios de este jovenzuelo es el inicio de una de las muestras más tristes del resultado de esa educación mal entendida de la juventud española: el crimen de Pecado, otro niño tan exaltado como este "Majito" que quiere parecerse a Prim. Las conclusiones de Galdós son bastante escuetas para dejar poco espacio a la ilusión y gran campo para el cuestionamiento de la orientación brindada a esa juventud. Así nos describe a la turba de párvulos cuya educación a su manera, es otra muestra de resultados no más alentadores que la educación de Isidora:

En cuántas actitudes se observaban pinitos de fiereza! Allí la envidia, aquí la generosidad, no lejos el mando, más allá el servilismo, claros embriones de egoísmo en todas partes! En aquel murmullo se concentraban los chillidos para decir: "Somos granujas, no somos aun la Humanidad, pero sí un croquis de ella. España, somos tus polluelos, y, cansados de jugar a los toros, jugamos a la guerra civil". (0. 95).

La naturaleza de los juegos de estos chicos, como bien claro lo presenta Galdós aquí, es la de la réplica de lo que los adultos están haciendo con la vida del país. Ambos ejemplos revertidos a dos de las actividades más familiares en la vida y la historia de la España del siglo XIX: la guerra civil —representada en este caso en las guerras carlistas— y la tauromaquia. Ambas son formas de manifestar una violencia destructiva con el prurito de dar expresión a una necesidad de sentirse seres vivientes.

Pero no se queda Galdós al expresar este problema en los casos de la juventud. También nos muestra a los que han dejado de ser jóvenes pero que, en mirada retrospectiva, lamentan la mala instrucción que recibieron de niños. Tenemos el caso de Joaquín Pez, quizás el personaje que logra reunir caracteres tan malos y

despreciables como 'Gaitica' (otro personaje tan malo que el mismo Galdós admite que no puede describirlo en su total dimensión). Joaquín en aquellos plañidos paródicos del llanto del joven Werther, se refiere a la naturaleza de su educación de niño cuando se dispone a suicidarse, cosa que nunca hace.

Mis faltas son debilidades, y además, efecto preciso de la mala, de la perversa educación que he recibido. ¿Por qué educaron en el lujo al hijo de un pobre empleado con treinta mil reales?. ¿Por qué desde niño me enseñaban a competir con los hijos de los grandes de España?. ¿Por qué no me dieron una carrera?. ¿Porqué no me aplicaron a cualquier trabajo en vez de meterme en una oficina que es la escuela de la vagancia?. (p. 395).

Vemos, entonces, con este nuevo elemento, que la idea de educación que tiene Galdós no se reduce a la instrucción sistematizada que se entrega en las instituciones educativas. Esta es solamente una parte de ella y así su preocupación, como aspirante a una reforma de esta deficiencia, tiene una dimensión más amplia cuyo objeto de crítica es la sociedad en su conjunto y la solución posible le compete a ella también.

El problema de Isidora adquiere así caracteres de una alegoría de la situación general de España. Pero no una situación definible en términos de unos hechos historiables sino más bien del estado de una forma de vida, o una manera de entenderla. Se trata, en últimas, del mismo problema de España que al final del siglo vendrá a ser la preocupación crucial de los miembros de la Generación del 98: ¿Qué está pasando con el país?7.

Planteadas las cosas de esta manera, la novela de Galdós alcanza, como con el resto de su obra, una dimensión ética que lo pone muy por encima de aquella mala literatura de la que él hace escarnio en *La desheredada* y que señala como una de las fuentes principales de la mala educación de la juventud española. Por este camino llega el autor a presentarnos uno de los aspectos que más lo acercan a la estructura y el tema de Cervantes en *El Quijote* —la invectiva contra, no los libros de caballerías, sino las novelas que afirmaron a Isidora su ilusión insensata y quimérica.— La tía Encarnación, el otro personaje de tanta integridad psicológica y simbólica como Miquis, se encarga de señalar las lecturas desordenadas y simples de Isidora como fuente de sus disparates y a su

vez, plantear ese otro elemento estructural de sustituir ilusiones por realidades que tanto acercan a *La desheredada* a una dimensión cervantina.

Como réplica a la afirmación de Isidora de sus derechos naturales en la casa noble de los Aransis, basada en el hecho novelesco de que estos casos se "están viendo todos los días", la Sanguijuelera acremente le responde:

En sesenta y ocho años no lo he visto nunca. . . me parece que tú te has hartado *de leer esos librotos que llaman novelas*. Cuánto mejor es no saber leer! Mírate en mi espejo. No conozco una letra. . . ni falta. . . para mentiras, bastantes entran por las orejas (p. 54). (Las bastardillas son mías).

Con la precisión del problema de Isidora en estos términos de víctima de una literatura perniciosa, inicia Galdós el proceso de desintegración moral de esta soñadora a bordo de aquella amenaza constante que habíamos indicado arriba: los peligros del sexo. Plantaremos ahora, entonces, este proceso de envilecimiento de Isidora el cual Miquis tiene oportunidad de observar y hasta sufrir.

Galdós, como demiurgo autónomo de este mundo que crea para Isidora, necesita al personaje Miquis, como habíamos sugerido antes, para el adelanto de una doble función: indicarnos el avance y precipitación de la vida de aquella a la manera de un vaticinador moderno, y ofrecer reflexiones sobre el conjunto de las situaciones desarrolladas como portavoz de las opiniones del propio autor. El nivel profético que queremos atribuirle aquí no participa, sin embargo, del ambiente bíblico y casi sibilino con que lo realiza la tía Encarnación, la Sanguijuelera. Un análisis sobre esta función de este personaje de extracción popular y dimensiones picarescas ya ha sido hecho antes⁸. De otra parte, Galdós no quiere dejar la previsión de una situación que inexorablemente habrá de cumplirse solamente en las manos burdas de un personaje que representa admirablemente una sabiduría útil para orientar hacia un buen vivir: la experiencia tradicional y popular de las personas que honradamente han vivido y que pueden ser tan eficaces en la educación de sectores de la juventud como el más sofisticado medio pedagógico⁹. También quiere el autor entregar parte de esta responsabilidad premonitoria a las manos no burdas, sino eruditas, de la explicación científica de la naturaleza de los sucesos. Por eso encontramos la suerte de Isidora definida, y prácticamente, condena-

da en dos ocasiones por estos representantes de saberes distintos pero igualmente útiles, en opinión de Galdós, para las posibilidades del avance social: la medicina y el saber empírico. "Vivirás en las mentiras como pez en el agua, y serás siempre una pisahormigas. . . malditos Rufetes, maldita ralea de chiflados! (p. 56), le dice la Sanguiuelera en una franca maldición de su suerte de su espurio linaje. En el caso de Miquis, la definición de lo que será la vida fatua de Isidora se da inicialmente a través del tratamiento agresivo que le da, desde su primera salida con ella, con un propósito doblemente amoroso y desmitificador. Se trata por un lado de la dismantelación del mundo artificioso y oropelesco en el que cree su compañera y la asignación que le hace de una función no pasajera —dado el contexto de propuesta de matrimonio en que está— entre el reino de las bellas estúpidas. Los lineamientos que el autor traza en este primer encuentro de Miquis e Isidora habrán de definir para el resto de la novela caracteres de la calidad humana de ésta. Sin embargo, durante esta entrevista, está al menos dispuesta a reconocer su ignorancia y manifiesta a su vez el deseo de apoderarse de la erudición de Miquis, quien para ese momento ya la ha ostentado bastante.

—¿Quiéres saber lo que es eso, tonta?— le preguntó Miquis—. Vamos, veo que eres un pozo de ignorancia.

—No sé más que leer y escribir; deseo aprender algo más, porque sería muy triste para mí encontrarme dentro de algún tiempo tan ignorante como ahora (p. 67).

La asimilación que está haciendo Miquis mientras tanto de esta actitud y estado de Isidora no tiene miramientos y pronto, de una manera muy irónica hace de ella una definición que habrá de confirmarse paso a paso durante el desarrollo de los sucesos de la historia. La ironía de Miquis queda, a esta altura, cubierta por la obnubilación propia del amante joven quien, si bien no discierne claramente el carácter de la situación que tiene al frente, sí está en capacidad de percibirla vagamente y hacer alusión a ella, así sea con razonamientos que en este momento él mismo no scpesa en toda su amplitud. Es el caso de un Miquis, aprendiz de médico, enamorado del método científico y las confirmaciones de la praxis, el que está realizando una especie de "diagnóstico" de la situación de Isidora que habrá de determinar desde temprano y con certeza la naturaleza de la enfermedad de la joven y su incurabilidad. En este sentido, Miquis ha emitido su premonición, a su manera y alternamente a la ya hecha con distintos recursos por la Sanguiuelera.¹⁰

—Mamíferos sin coles. Vidita, no te hagas sabia. El mayor encanto de la mujer es la ignorancia. Dime que el sol es una tinaja de lumbre; dime que el mundo es una plaza grande y te querré más. Cada disparate te hará subir un grado en el escalafón de la belleza. Sostén que tres y dos son ocho y superará a Venus (p. 69).

Fiel a su procedimiento de no dejarle vuelo a las ilusiones insensatas, la cursilería imaginativa o la falsificación impune de los procesos reales, Miquis, en coincidencia total con el narrador se complace en destruir los vuelos fantasiosos de Isidora. Su método es el contraste con la realidad cruda. Es la adopción sistemática de una idea del balance que, entre otras cosas, es el que cree Galdós que le hace falta a individuos con el problema de Isidora: un equilibrio entre las posibilidades reales de existencia y la capacidad de imaginación. Es decir, lo contrario de lo que hace esta joven, o lo que hace Mariano, o el mismo Melchor, quienes aspiran a la adquisición de prestigio y dinero sin trabajar denodadamente por conseguirlo. En el momento en que Isidora contempla, en un extasis melancólico, el canto de los ruiseñores (en cuya música, según agrega el narrador, “el más sutil músico no podría encontrar las endechas amorosas de que tanto ha abusado la literatura”. (p. 64), Miquis se apresura a poner la conversación en el plano de una realidad repugnante para la Rufete.

—Miquis se echó a reír, y como si tuviera gusto en despoetizar la hermosa situación en que ambos se encontraban, dijo de improviso:

—Isidora, ayer he estado trabajando en el anfiteatro con el doctor Martín Alonso desde las dos hasta las cinco. Le ayudábamos a hacer la autopsia a un viejo que murió del corazón. Si vieras chica! . . . (p. 64).

Sin embargo, estos intentos de hacer enfrentar a Isidora con la realidad no se quedan en la mera actitud iconoclasta y escandalosamente desmitificadora. También tiene la paciencia de elaborar algunas metáforas de cierta sofisticación filosófica que tratan de presentarle a Isidora la condición igualitaria de la Humanidad, lo que alterna con las ínfulas de nobleza que la joven ya ha hecho evidentes para entonces. La primera metaforización del mundo la hace con recursos científicos que aluden a la composición homogénea de todo lo existente. La lucubración viene a propósito de una banal pregunta de Isidora sobre el nacer y el morir. Dice Miquis:

También tiene sus bemoles —añadió Augusto en tono sumamente enfático— porque señores, debemos comenzar declarando que todo el mundo se compone de las mismas sustancias no creadas no destructibles, y se sostiene por las mismas fuerzas imperecederas que actúan según las mismas leyes, desde el átomo indivisible, hasta la inmensa multitud de cuerpos celestes, conservándose invariablemente en el conjunto de su efecto total. (p. 67).

Resalta irrisoriamente la petulancia del comentario de un mozalbe aprendiz de médico que hace ostentación de su conocimiento académico, especialmente al frente de una mujer ignorante y estólida. Pero, aparte de esta motivación primaria del hecho, el trabajo del escritor —quien está interesado en la reunión de aspectos significantes— pone en contraste dos actitudes opuestas, la científicista de Miquis y la ilusoria de Isidora, en la búsqueda de la definición de la trayectoria de ésta en la novela. La otra metáfora, un poco abstracta, pero igualmente sugerente de las intenciones contrastantes del autor, tiene que ver con una condición física —no orgánica como la anterior— en la que se subraya la idea de la tendencia a la igualdad de las cosas en la naturaleza en comparación con las ideas clasistas de la Rufete.

La humanidad es como el agua —dice Miquis—; siempre busca su nivel. Los ríos más orgullosos van a parar al mar, que es el pueblo; y de este mar inmenso, de ese pueblo, salen lluvias que a su vez forman los ríos. De todo lo cual se deduce, marquesa, que te quiero como a las niñas de mis ojos. (p. 71).

El significado de estas dos verbalizaciones sofisticadas de Miquis adquiere un valor premonitorio en el sentido de que inaugura, por un lado, las oposiciones que continuamente la realidad le ofrecerá a la frivolidad de Isidora, y por otro, subraya la existencia de esta tendencia a la igualdad, a la homogeneidad de nivel en la organización de las cosas del cosmos. Esto niega a su vez las bases para la existencia de una clase social encumbrada e insistente en la reunión inevitable en un mismo nivel de todos los hombres. Desde cualquier perspectiva connotativa, las de teorías de Miquis son una destrucción sistemática de los sueños de Isidora, y lo que es peor, de su misma razón de ser, puesto que ella no puede vivir sin la idea de llegar a recuperar su posición en la nobleza.¹¹

Establecida, entonces, esta precisión de la relación de Miquis e Isidora, el estudiante de medicina deja de mantener un trato significativo con ella. Es decir, deja de ser un elemento con posibilidades de cambiar la suerte de Isidora. Hasta este momento había sido un aspirante a novio, y tales aspiraciones no habían sido destruidas por Isidora todavía, lo que demuestra su potencialidad real. A partir de aquí, sin embargo, su función se limita a dos cosas: primero, a ayudarle a sobreguar en las constantes crisis económicas en que se habrá de encontrar de ahora en adelante y, segundo, a emitir juicios u opiniones sobre el estado de degeneración que progresa paulatinamente. Es aquí donde adquiere su dimensión profética iniciada con aquellas oposiciones decididas a las ilusiones de la Rufete —después de declararla enseñoreada de la ignorancia y la estupidez—, y terminada con el terrible y definitivo diagnóstico de su perdición expresado cuando la caída es un hecho irnegable. Para entonces la consagración de Miquis como médico y como personaje promisorio de la sociedad es innegable. Esto le da así, más validez a su opinión sobre la enferma Isidora en el capítulo 35.

—Nuestra pobre amiga —dijo Augusto—, llevada de su miserable destino, o si se quiere más claro, de su imperfectísima condición moral, ha descendido mucho, y no es eso lo peor, sino que ha de descender más todavía. Su hermano y ella han corrido a la perfección: él ha llegado a ella, ella llegará. Distintos medios ha empleado cada uno: él ha ido con trote de bestia, ella con vuelo de pájaro; pero de todos modos y por todas partes se puede ir a la perdición, lo mismo por el suelo polvoroso que el firmamento azul. (p. 463).

Indicada la condición de Isidora desde el comienzo como hermosa y tonta, y definida también su falta de recursos económicos, su destino tiene el camino abierto para lo peor en la vida de esta mujer que lucha por la supervivencia y el encumbramiento social: ese camino es la prostitución. Sin embargo, en razón del complejo proceso de educación, ilusión y desilusión que tiene que sufrir ella, la aproximación a esta condición se hace paulatinamente y con referencias sutiles a ella desde la primera salida con Miquis, hasta la inmersión de la Rufete en el bajo mundo de la prostitución madrileña. En estas circunstancias, las alusiones sexuales son muy frecuentes en las relaciones de esta joven con la mayoría de los personajes masculinos. Galdós pone en claro la caracterización de Isidora en esta línea de sugerencias eróticas desde el comienzo de la historia. En acuerdo con la opinión de Miquis, nos dice el narra-

dor en el capítulo 4 durante los primeros juegos amorosos nunca consumados de esta pareja:

Ella comenzó a comer otra naranja y él la miraba embebecido. Nunca le había parecido tan guapa como entonces. Sus labios, empapados con el jugo de la fruta, tenían un carmín intensísimo, hasta el punto de que allí podrían ser verdad los rubíes montados en versos de que tanto han abusado los poetas. Sus dientecillos blancos de extraordinaria agilidad y finísimo esmalte, mordían los dulces cascotes como Eva la manzana, pues desde entonces acá el mundo no ha variado en la manera de comer fruta. (pp. 75-76).

La identificación de Isidora con Eva en el momento preciso de la tentación a Adán, con todas sus implicaciones eróticas y sensuales, establece desde muy temprano ese carácter sexual que va a llevar durante el resto de la historia y del que Miquis será testigo cercano. De aquí en adelante, las oportunidades que Isidora tendrá de enfrentarse con la posibilidad del uso de sus atributos físicos habrán de multiplicarse para definir, de manera radical, la relación que va a tener con los hombres. Procediendo en el orden cronológico de los sucesos, son notorias en *La desheredada* las siguientes situaciones: Las inicialmente equívocas aproximaciones de don José de Relimpio quien, con su descripción de viejo verde que nos da Galdós, no puede disimular la admiración por la belleza de Isidora. Situación esta que es muy dicente en términos de su contexto porque Relimpio es el señor de la casa que favorece a Isidora dándole un cuarto para vivir. Sería esta la primera asociación de los favores económicos con las retribuciones eróticas.¹²

Joaquín Pez, quizás el personaje más despreciable de todas las caracterizaciones galdosianas en esta novela, es el primer hombre que hace evidentes sus intenciones seductoras por sí mismas. La presencia de este personaje en la obra subraya la imagen de Isidora como objeto sexual y en la relación que ambos tienen, ésta tiene oportunidad de mostrar sus virtudes de mujer valiosa por su decisión de ayudarlo y estar con él en cualquier dificultad. Su primer encuentro pone de manifiesto también la premisa de relación insinuada ya antes con José de Relimpio: el favor económico y el cambio sexual.¹³

Pero no todas las relaciones están mediatizadas por este comercio de favores, aunque siempre estén matizadas de cierta tendencia

equívoca que, dada la cuidadosa caracterización de que ha sido objeto Isidora, es posible ligarla al sexo. Tenemos el caso de la relación con su hermano, Mariano, un idiota pretencioso, producto claro de esa educación que Galdós está desautorizando en la novela. Después de que este personaje ha expuesto sus veleidades y sobre todo su tendencia irrefrenable a la satisfacción de deseos primarios¹⁴, Galdós nos dice algo tendencioso sobre la relación de estos dos hermanos que nos muestra inclinaciones posibles de desarrollar en el argumento de la obra. Tal vez sea el incesto, aunque nunca aprovechado por el autor como un subtema de la novela, probablemente por no sobrecargarla de conflictos.

Mariano murmuró algo que no era fácil descifrar, y se durmió sosegadamente; todavía quedaba en él algo de niño. Su hermana lo contempló un instante, movida de un sentimiento extraño en que se combinaban el cariño y el terror. Iba a darle un beso, pero cuando ya casi le tocaba con sus labios, se apartó diciendo: —Temo que se despierte y me pida lo que no puedo darle. (p. 206).

Varios detalles permiten pensar aquí en la alusión sutil a la posibilidad del incesto: el carácter bestial de Mariano ya anotado, la escena anterior de enojo de él con su hermana por no satisfacerle a su manera una necesidad primaria como comer; el hecho de estar durmiendo en el cuarto de ella y, la precisión de Galdós de que ya no es un niño. Cualquiera que haya sido el motivo del autor para no desarrollar esta otra tendencia de sus conflictivos personajes, lo importante aquí es que Isidora se encuentra asediada por estas posibilidades sexuales, lo cual, como establecimos antes, responde claramente a los parámetros diseñados por Miquis y el narrador para ella. De allí también la facilidad de ver en su conflicto la historia de una especie de anatematización de su destino dadas sus irremediables manías de nobleza y fantasía. Sigue siendo, en todo caso, una Eva despertando un solo interés en los hombres: el erótico.

Respondiendo a esta tendencia trazada en la suerte de Isidora, muchos personajes irán apareciendo a medida que su descenso en su bienestar económico y su moralidad la acercan más a la ínfima posición de prostituta callejera. Después de Joaquín Pez, con quien vive ilegítimamente por varios años y tiene un hijo deforme, aparece en escena el personaje Botín —otro parásito de la burocracia estatal española que Galdós desprecia tanto como a los peces—

quien le hace sentir a Isidora por primera vez su condición de mujer que se entrega a un hombre para sobrevivir económicamente. La escena de su rompimiento de la relación con él, en la que éste la somete a la ignominia de devolverle joyas y vestidos antes de abandonar la casa en que ha vivido como su amante, es bien reveladora de esta condición progresiva de “desnudarse para comer” que Galdós recogerá más adelante.¹⁵

Después, uno a uno, los personajes que Galdós ha descrito con cierto detenimiento —diríase que el autor los ha organizado para servir de catalizadores de la historia de la caída de Isidora— van teniendo su turno en el comercio sexual con ella. Melchor, aquel espécimen de mediocridad y farsa, producto similar a los peces pero en un nivel social menos alto, está entre ellos.¹⁶ Juan Bou, el barcelonés duro y atlético de más de cuarenta años —parodia del Polifemo de Góngora—, quien, curiosamente, ha sido empujado indirectamente por Miquis a esta clase de relación con Isidora (convenciéndolo de que no debe dejar escapar oportunidades de gozar de la vida)¹⁷, y finalmente, el tan por el narrador despreciado ‘Gaitica’, quien se ofrece como protector de la pobre expresidiaria y quien ejerce sobre ella la última influencia vulgar antes de que salte ella definitivamente en el último nivel de su desgracia.

Uno de los dos únicos personajes que no hace efectiva esta relación sexual es Miquis (el otro es don José de Relimpio). Pero no estuvo lejos de esta práctica por falta de deseos o de insinuaciones de la misma Isidora. Si Miquis no cae en este nivel de tratos con ella, ha sido por el papel ejemplar de personaje esperanzador que le ha dado Galdós en el conjunto de alegoría de la situación lamentable de España. Tanto por la naturaleza de la carrera que estudia y ejerce, como por su constante actitud filosófica, comentarista política o previsora de la situación de Isidora y España, Augusto Miquis es un ideal del carácter que Galdós propone como alternativa. Esta intencionalidad esperanzadora hacia la idea de que no todos los personajes de su novela, ni todos los hombres de la humanidad son malos, la expone Galdós claramente en su personaje Muñoz y Nones, suegro de Miquis. Su profesión es la de notario público. Es un miembro de la burocracia española que tan mal ha sido descrita ya a través de los peces. Un funcionario público que se sale de esta mala reputación para ser un dechado de honradez de la que incluso se precia mucho. El propósito ejemplar de Galdós queda claro al presentarlo en la novela como una “admiración” para la Humanidad por el fenómeno siguiente: “es un hombre que ha hecho su

fortuna con su honradez.” (p. 332). Es la manifestación galdosiana de una esperanza en el negro panorama que ha descrito a través de toda la historia de un fracaso, enlazando así sus intenciones didácticas y críticas con una actitud positiva hacia el futuro. Este convencimiento lleva también al autor a exclamar de manera casi grandilocuente pero optimista:

... es costumbre en nuestra edad suponer y afirmar que no hay por todas partes sino malas acciones, egoísmo y rapacidad. Error!, disparate! El mundo se pudriría si le faltase en un momento el desinfectante de la virtud, cuya acción enérgica se nota en todas partes, en las más altas así como en las más bajas esferas. . . (p. 333).

Poco faltó para que estas palabras de alabanza fueran dichas en relación con Miquis. Pero Galdós no sobrecargaría de esa manera la caracterización de este personaje. Su función en la novela es la de pasar una serie de pruebas —a veces con el peligro de sucumbir en ellas— para demostrar la posibilidad de sobreponerse a la inquietud y miseria de las pasiones humanas cuando se cuenta con una buena educación y una actitud positiva ante la vida, la Humanidad y la dignidad personal. Por eso Miquis tiene que hacerse desde el principio de la novela a través de su cercanía a la abyacta suerte de Isidora sin contaminarse peligrosamente de ella. La formación científica que tiene, y sobre todo, su apertura de espíritu ante las posibilidades de la Humanidad, le permiten a este salir airoso y convertirse en alternativa para el público lector a quien se dirige Galdós, que no es otro que el español que sufre los defectos de la educación que se ofrece en su sociedad.

En acuerdo con esta funcionalidad ejemplar, este aprendiz de médico —y médico prominente después— está en capacidad de emitir opiniones y juicios sobre las personas y la sociedad que contienen frecuentemente una propuesta de solución. De otra parte, esas opiniones políticas y sociales, bien podrían ser las de Galdós mismo.¹⁸

La segunda parte del libro se abre precisamente con una especie de evaluación de Miquis de dos situaciones correlativas en la novela: la política del país y la de Isidora en los últimos dos años. La exposición de esta última demuestra ya más claramente esta actitud premonitoria que va adquiriendo el médico ante una situación que

marcha irremediabilmente por mal camino. Charlando con uno de sus enfermos nos dice:

—Un hijo! ¿Qué me cuenta Usted?

—Lo que oye. Ya tiene dos años. Es algo monstruoso, lo que llamamos un macrocéfalo, es decir, que tiene la cabeza muy grande. Misterios de la herencia fisiológica! Su madre me pregunta si toda aquella testa está llena de talento. Y yo le digo que de su delirante ambición y su vicio mental le darán una descendencia de cabezudos raquíuticos. (p. 246).

El diagnóstico no puede ser menos terminante. Un hijo deforme como resultado de su “vicio mental”, es decir, su manía de imaginarse un futuro de nobleza mientras desprecia las alternativas de construir una vida sencilla con recursos reales y cotidianos. Como pronóstico de raigambre científica, Miquis tiene para decir que cualquier producto de ese desarreglo mental será deformante. Galdós, entonces, al inicio de la segunda parte de su novela quiere reiniciar la historia con una recapitulación de los hechos que no se han narrado y al mismo tiempo hacer una evaluación de ellos. Allí está la oportunidad de hacer uso del personaje Miquis. Y éste hace la evaluación estableciendo allí mismo las perspectivas dejándonos saber con el criterio de un científico, que el caso no tiene remedio. Es la otra manera premonitoria de que se vale Galdós para la estructuración del resto de la historia. Es, al mismo tiempo, una manera de alternar con la premonición que desde el capítulo 3 ya había hecho Encarnación, no con recursos científicos, sino con los del conocimiento de la curandera que usa sanguijuelas. Son dos terapeutas de enfermedades haciendo una diagnosis nefasta del mismo paciente. La primera de la Sanguijuelera en el capítulo 3 y la segunda de Augusto Miquis en el capítulo 19 iniciando la segunda parte de la novela. El balance, en términos simétricos está hecho por el artista Galdós y, así mismo, está ya trazada por segunda vez la suerte de Isidora.

Las tentaciones sexuales que Miquis recibe de parte de Isidora son sorprendentes. En ellas la entereza de este personaje ejemplar galdosiano flaquea. Encontramos al médico atraído por las prometedoras delicias de la belleza de Isidora antes que por cualquier otro sentimiento de fibras más abstractas. Es como si el Miquis intachable que nos quiere mostrar Galdós estuviera inclinado a establecer relaciones de prostitución con una mujer de tendencias llanamente prostitutas. No vemos señas en ningún caso de un ena-

moramiento de este médico como sucede, por ejemplo, con Juan Bou, quien a pesar de lo rudimentario de sus sentimientos éstos son auténticos. Miquis llega a ver a Isidora como una tentación por la sencilla razón de que él también ha hecho de ella un objeto sexual. Contrariamente al caso de Bou —aunque éste termina aceptando a la Rufete como ramera—, tuvo un origen en el amor hasta el punto de llegar a estar dispuesto a casarse con ella. Al final, cuando su única alternativa real de posesión de su mujer amada se le presenta en forma lujuriosa, Bou se sumerge en meras relaciones sexuales pero obnubilado por el amor. Solamente después, durante su evaluación de los hechos en la conversación con Mariano, decide el catalán declarar a Isidora como un objeto sexual ante la evidencia de su fracaso en la adquisición de su amor. El caso de Miquis es distinto. El, tal vez desde el principio, quiso gozar a Isidora. A pesar de su mención de la idea de matrimonio al principio de la novela, las brumas de su actitud desmitificadora, así como la urgencia sin sentimientos de sus requerimientos, hacían pensar más en un personaje movido por la lujuria antes que por el amor. En ese sentido Miquis es también una víctima de la reducción que Isidora hace de los hombres a objetos de manipulación para conseguir dinero y favores. La virtud del médico está, por el contrario, en el control de esa tentación peligrosa. Es lo suficientemente consciente e inteligente para darse cuenta de la naturaleza de la situación y la de las consecuencias también. No obstante, podemos considerarlo en este punto como uno de los personajes que participan también de esta condena inevitable de Isidora en su carrera a la prostitución. Sus intentos de salvarla son tan inefectivos como su misma certeza de su inutilidad. Certeza que, por supuesto, Miquis nunca hace explícita pero que ya ha indicado con aquellas actitudes premonitorias que indicábamos antes, hasta el punto de llegar a decir con brutal franqueza: “Desgraciada, si no acabas en la casa de Aransis, acabarás en un hospital.” (p. 360).

Miquis hace el intento de curar a Isidora de aquella indigencia moral en que la ha postrado su idea insensata del marquesado. Y a propósito de su prescripción el médico le dice en su propio consultorio:

—Entendámonos —añadió Miquis, rectificando—. Si tus derechos son una farsa, si hay algo de serio y legítimo en eso, enhorabuena que siga adelante tu pleito. Lo que yo quiero es que no me consagres tu vida a la idea de ocupar una posición superior, que no vivas anticipadamente en ella con la imagina-

ción, sino que tengas paciencia y reposo de espíritu. . . ¿Qué ganas el pleito? Pues bien, te embolsas tu herencia y sigues. . . (p. 360).

Esta descripción del problema de Isidora sirve además de recapitulación con propósitos curativos. Es, al mismo tiempo, una alternativa que seguramente Isidora no va a atender pero que pone al lector en capacidad de contrastar esta tendencia suicida de la Rufete con las soluciones propuestas por Miquis. De paso se está dando una lección de sensatez, así sea en la persona de una "estudiante" que quiere hacerse sorda. Este es el contexto de la reunión más crucial de Miquis e Isidora en su consultorio donde le da una serie de recomendaciones e ideas para su situación económica. Pero dada la circunstancia de aquella combinación de la belleza de Isidora, su urgencia de la necesidad de dinero y el despertar de la lujuria de Miquis, la situación se pone tan tensa que éste tiene que protegerse con una especie de aura sagrada: la imagen de la mujer virtuosa con quien se habrá de casar.

. . . Miquis se paseaba con las manos metidas en los bolsillos, y miraba a Isidora con expresión entremezclada de asombro y miedo diciendo para sí: "Fuera ciencia, fuera gravedad. . . Juventud; no te me vayas sin dárteme a conocer. . . Tiempo hay de encerrarse en esa armadura de cartón que se llama severidad de principios."

Y volvió al paseo y a echarle ojeadas y a meditar: "Pero si me caso el lunes, y hoy es miércoles. . . En que ocasión se le ocurre a uno casarse!. . . Estoy entre el altar y el abismo. . . (p. 362).

Miquis no cae en ese abismo. Se recubre de la imagen de la esposa que va a tener y con ella, ejemplarmente, se salva. No sin que en otra ocasión posterior se encuentre en el mismo acceso de lujuria ante la actitud suplicante e insinuante de Isidora pocos días después de casado. Pero sobrevive aquí también. Ya lo había él dicho: "Severidad de principios." Pero con ellos y con su ayuda forzosamente desinteresada, Miquis no está en capacidad de relacionarse con Isidora sin tender a tratarla como lo que está condenada a ser: un objeto sexual derrotado por su insensatez arribista.¹⁹

Esta ha sido, entonces, la problemática en que quiso Galdós introducir a su personaje. La de un individuo capaz de erigirse como evaluador y profeta de una situación irremediable en la vida de Isi-

dora Rufete. Ambos papeles los desempeña con rigurosidad y certeza para exponer, en todas sus dimensiones, un ejemplo de las víctimas de un proceso de la educación de la juventud española. Educación que, como indicábamos antes, no se encuentra solamente en manos de las instituciones educativas —aunque las presenta como contribuyentes al problema— sino también en todas las esferas de la sociedad.²⁰

Especial atención quiere el autor dar a la literatura que propicia o contribuye al tipo de locuras como la de Isidora Rufete. En boca de uno de sus personajes más detestados, Galdós pone el problema en una similitud muy estrecha con el planteado por Cervantes en el siglo XVII con aquello de la “investiva contra los libros de caballerías.” Dice Joaquín Pez mientras intenta desmontar algunos sueños e idealizaciones de la realidad que muestra Isidora:

Esas ideas de vivir ocultamente y eso de hacer un nido y . . . (riendo) estupideces hija. Eso lo pueden hacer los pájaros, que no conocen la acuñación de moneda. Estamos dejados de la mano de Dios. No hay que pensar ni en casitas ni en simplezas. Los novelistas han introducido en la sociedad multitud de ideas erróneas. Son los falsificadores de la vida, y por eso deberían ir todos al presidio. (p. 386).

Aquellas “estupideces” son claramente una alusión de Galdós a la clase de literatura que antes condenaba la tía Encarnación, es decir, aquellas obras equivalentes a los libros de caballerías que secaron los sesos de don Alonso Quijano: las novelas que leía Isidora y en las cuales encontraba su “propia historia” muchas veces relatada.

No es caso nuevo ni mucho menos —decía (Isidora)—. Los libros están llenos de casos semejantes. Yo he leído mi propia historia tantas veces. . . ! Y, que cosa más linda que cuando nos pintan una joven pobrecita, muy pobrecita, que vive en una guardilla y trabaja para mantenerse; y esa joven, que es bonita como los ángeles y, por supuesto, honrada, más honrada que los ángeles, llora mucho y padece porque unos pícaros la quieren infamar. Y luego un cierto día, se para una gran carretela en la puerta y sube una señora marquesa muy guapa, y va a la joven y hablan y explican, y lloran mucho las dos, viniendo a resultar que la muchacha es hija de la marquesa, que la tuvo de un cierto conde calavera. (p. 117).

Es un poco larga la cita, pero presenta con claridad el efecto preciso que esta clase de novelas de ficción han creado en la mente simple de Isidora Rufete y que Galdós está interesado en presentar para llamar la atención sobre lo que él considera un mal de su sociedad. *La desheredada* es entonces el caso de una obra que presenta en forma de obra artística su visión de la sociedad española a través del tipo de educación y formación espiritual que reciben los jóvenes y en particular las mujeres. Las ideas de Galdós en la nota número 20 sobre su percepción de la obra *La Regenta* son muy explícitas a este respecto.

NOTAS

1. Ignacio Elizalde en su libro *Pérez Galdós y su novelística*, (Bilbao: Publicaciones de la Universidad de Deusto, 1981), expresa la necesidad de examinar la obra de este escritor en relación con sus preocupaciones sociales para poder comprenderla. Tal aproximación es, de todos modos, una de las características más constantes en la obra novelística de Galdós. Dice Elizalde en su obra:

Las instituciones eclesiásticas, lo mismo que las instituciones económicas o sociales suscitan problemas políticos en el siglo XIX, como lo habían hecho en los siglos anteriores. Galdós desde sus primeras novelas crítica al clero y a la Iglesia, pero únicamente desde el punto de vista político-social, no desde el punto de vista doctrinal o dogmático. Lo mismo lo hacía con los militares, los empleados o la Administración, la clase media, el cuerpo docente, los campesinos y trabajadores o los políticos. La obra del novelista no se entenderá sin advertir su espíritu reformista. (*Pérez Galdós*. . . p. 130)

2. Varias razones hay para considerar *La desheredada* como una obra con rasgos naturalistas. Una de ellas es la insistencia del autor en explicar en la narración todos los elementos presentes en la formación familiar de Isidora para sugerir una herencia decadente como motor básico de su locura. Entre ellos se destaca la herencia de locos comenzando con el padre de Isidora, que muere en un manicomio, pasando por el tío canónigo quien cree en la quimera del marquesado tanto como Isidora, hasta llegar a la demencia de Mariano. Al respecto nos dice Elizalde:

En algunas novelas, *La desheredada*, *Lo prohibido*, *Tormento*, *Las bringas*, domina la tendencia naturalista en la crudeza de algunos cuadros de miseria y el intento de explicar el vicio o el crimen como resultado de esta miseria, o en *La desheredada* o *Lo prohibido* como consecuencias de la herencia o taras fisiológicas. (*Pérez Galdós*. . . p. 22).

Igualmente, M. Gordon, en su artículo "Galdós' Conception of Humanity in *La desheredada*". (*Anales Galdosianos*, año XII, 1977), reconoce la misma característica al referirse a una comparación entre la locura en el manicomio de Laganés y la normalidad de Madrid:

This is a good example in the way in which Galdós adapts the naturalistic theory of the degenerative family neurosis to suit his own particular purposes. (p.30).

La idea es la de demostrar que Galdós no es un repetidor de las innovaciones de Zola sino un escritor que las aprovecha. Pero, de todos modos acepta una dimensión naturalista en la obra.

3. La relación de la obra galdosiana con la cervantina se debe, a mi modo de ver, a dos aspectos muy concientemente desarrollados por Galdós: 1) la restauración de una tradición novelística que no había tenido ninguna brillantez desde la obra de Cervantes en el siglo XVII. 2) el nuevo tratamiento de algunos de sus temas, esta vez en respuesta a las nuevas inquietudes del siglo XIX. Con respecto al primer punto nos dice Ignacio Elizalde en el mismo libro que ya mencionamos:

Respecto a la novela del siglo XIX en España, podemos aplicar la fórmula célebre de Menéndez Pidal, de las realizaciones tardías. Sus mejores creaciones novelescas aparecen, cuando se inician la decadencia y el cansancio en Europa. Galdós escribe *Fortunata y Jacinta* y *Angel Guerra*, cuando no hay posibilidad de hacer algo parecido en Europa, y después de haber proliferado la novela realista, con tanta abundancia en Francia e Inglaterra. Pérez Galdós para llegar a esto tuvo que rehacer la experiencia de su nación y de su siglo, penetrarse de las mejores esencias artísticas del mundo y fundirlas en el crisol de la tradición cervantina. Le costó cincuenta años de trabajo y logró obras prodigiosas. (*Pérez Galdós*. . . p. 10).

Con respecto al segundo aspecto, es obvia la similitud del tema del hidalgo enloquecido por la lectura de libros de caballerías, y la joven madrileña atrofiada en su formación espiritual por las novelas populares que sustentaban sus locas aspiraciones.

4. *La desheredada* de Benito Pérez Galdós (Madrid: Alianza Editorial, 1978). Las citas siguientes de esta novela se indicarán con el número de la página de esta edición.
5. La crítica de Galdós contra los políticos, y su preocupación por el estado y el futuro de la juventud española están ampliamente expresadas en los amplios capítulos que dedica en esta novela a la descripción de la formación moral y educativa de Mariano, aquel aprendiz de hombre que acelera su iniciación en este nuevo estado por medio del asesinato de un compañero de juegos (suceso narrado en el capítulo 6, titulado precisamente, "Hombres!"). Una vez expuesta la miseria de la formación para la vida de este joven, Galdós quiere mostrarnos la reacción de los rectores de los destinos de la sociedad quienes deberían estar preocupados por el síntoma que representa esta acción del hermano de Isidora. Cuando la noticia del crimen se difunde.

. . . oyéronse las exclamaciones más ardientes sobre el estado moral e intelectual del país; se recordaron otros hechos análogos ocurridos antes en Madrid, Valencia y Málaga, y, por último se declaró con unanimidad muy satisfactoria que era preciso hacer algo, algo!, sí! y consagrar muchos ratos y no pocas pesetas a la curación del cuerpo social. (*La desheredada* p. 114).

Sin embargo, todas estas alteraciones de los ánimos y disposiciones de mejoramiento de lo que obviamente ha sido visualizado como problema —el de la formación y educación que están teniendo las nuevas generaciones— llegan a terminar haciéndose efectivas en otra obra de demanda popular y carácter más lucrativo: una plaza de toros, por ser considerada por estos administradores del país como un "proyecto urbano más práctico". Precisa Galdós de esta manera la raíz del problema también en una actitud gubernamental de falta de interés en la suerte de la comunidad.

Tanta actividad, tanta charla, tanto proyecto de escuelas, de penitenciarias, de sistemas teóricos, prácticos, mixtos, sencillos, complejos, celulares y panoscópicos, docentes y correccionales, fueron cayendo en el olvido, como los juguetes del niño, abandonados y rotos ante la ilusión del juguete nuevo. (p. 114).

Este juguete es, como irónicamente lo expone Galdós, "la grandiosa, provocativamente bella y monumental, toda roja y feroz, la nueva plaza de toros" (p.114).

6. Capítulo 37, "Moraleja".

Si sentís anhelo de llegar a una difícil y escabrosa altura, no os fieis de las alas postizas. Procurad echarlas naturales, y en caso de que no lo consigais, pues hay infinitos ejemplos que confirman la negativa, lo mejor, creedme, lo mejor será que tomeis una escalera. (*La desheredada*, p. 483).

7. "Alumbrar la conciencia histórica del pueblo español contemporáneo, servirle de guía, darle una pauta, he aquí el propósito que incita a Galdós a crear su obra, la cual responde a la pregunta: ¿Cómo es España? (Joaquín Casaldueiro en *Vida y obra de Galdós* Madrid: Editorial Gredos, 1961, p. 45). Citado por Ignacio Elizalde en *Pérez Galdós*. . . , p. 18.

8. Se trata del artículo de Martha G. Krow-Lucal, "The Evolution of Encarnación in *La desheredada*" publicado en *Anales Galdosianos*, año XII, 1977, pp. 21-28. En él, la autora demuestra una voluntad decidida de Galdós para darle a la "Sanguijuelera" un significado especial de profetisa con base en las continuas referencias bíblicas, y especialmente con la especie de maldición que arroja sobre Isidora y su familia.

But these Biblical and otherwise religious references are not local color, they are too careful inserted to be coincidental. Encarnación uses them because she is a prophetess, and at the end of Chapter III she will make a prophecy to Isidora and the Spain she represents. (p. 23).

9. La siguiente es la manera brutal pero positiva como Galdós describe a la tía Encarnación quien se opone, con su franqueza tosca a las ilusiones insensatas de Isidora.

Honradez y crueldad, un gran sentido para acariciar la realidad de las cosas y un rigor extremado y brutal para castigar las faltas de los pequeños, sin dejar por eso de quererlos, componían, con la verbosidad infinita, el carácter de Encarnación, la Sanguijuelera. (p. 55).

Esta caracterización positiva de Encarnación se anticipa al castigo físico a que somete a su sobrina chiflada con la idea del marquesado.

10. La identificación de Encarnación con la "curandera" que cura males con recursos rudimentarios, está sugerida por Galdós desde el sobrenombre mismo que le da: "sanguijuelera". A este respecto nos dice Krow-Lucal en el mismo artículo:

One level of the trade of leech-selling is a picturesque one which reminds us that for centuries leeches were a medical instrument: the leeches that Encarnación sells are used to bleed patients (. . .) Her harsh words to Isidora are ultimately intended to bring the young woman back to reality and cure her of her madness. (p. 22).

Por eso es posible hacer un paralelo entre dos pronósticos de la mala suerte de Isidora hechos por dos agentes distintos de la curación. Ambos médicos, sin embargo, se identifican por su fracaso con este paciente.

11. Más adelante, hacia el final de la novela cuando el suegro de Miquis, Muñoz y Nones, le demuestra a Isidora que todo el asunto del marquesado había sido una invención de su padre, y que, por consiguiente ella no era noble, ella entra en una crisis de existencia. Nos dice el narrador: "Soy o no soy?, esta pregunta fue para Isidora, desde aquella entrevista, eje de todos sus pensamientos, de todo el sentir y obrar de su vida". (p. 438). Y más adelante, revelándose ante la evidencia de la realidad, exclama: "Soy noble, soy noble. No me quitaréis mi nobleza, porque es mi esencia, y yo no puedo ser sin ella, ni ese es el camino, ni ese es el camino". (p. 440). Reacción de la joven ilusa que recuerda la de don Quijote cuando Pedro Alonso, su vecino, le recuerda que el no es "Valdovinos ni Abindarraéz, sino el honrado hidalgo del señor Quijada".

-Yo sé quien soy -respondió don Quijote-, y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los doce pares de Francia y aun todos los nueve de la Fama pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías. (*Quijote*, I, capt. V, p. 34, México: Editorial Porrúa, 1979).
12. "Don José había sido un galanteador de primera. No lo podía remediar: estaba en su naturaleza, en su doble condición de tenedor de libros y de galán joven, y así, ya cansado y viejo, no veía mujer bonita en la calle sin que él la siguiera y aun se propasase a decirle alguna palabreja." (p. 126). Y más adelante, en el mismo capítulo, don José habrá de exclamar en relación con Isidora quien ya es una inquilina en su casa: "Y qué guapa es. . .!". La alusión erótica que hace Galdós aquí en el caso del fiel don José no se hará efectiva sino hasta el final de la novela cuando, derrotado ante la derrota de Isidora, le declara su amor y le propone casarse con ella. Se hace obvio en este caso que las más mínimas alusiones anteriores de Galdós a cualquier tipo de asociación erótica son por lo regular reales. El amor del viejo Relimpio aparece al comienzo como una pequeña insinuación. Pero como Galdós, obviamente, no tiene interés en desarrollar ese subtema dentro del argumento de la obra, permanece casi imperceptible hasta que decide hacerlo evidente al final en las palabras del mismo personaje: "Tú eres lo que más amo; te quiero más que a mis hijas, porque te quiero de dos maneras, como padre y como. . ., en fin yo me entiendo." (p. 476).
13. "Conocedor Joaquín de la manera de tocar ciertos registros del alma humana y de los efectos de la sorpresa teatral en los sentidos del hombre, y más aún, de las mujeres, llegóse a la chimenea, tomó de ella una cajita, abrióla y mostró a los ojos admirados de Isidora porción cumplida de dinero, monedas de oro y plata, y dos o tres manojillos de billetes de Banco". (capt. 13, p. 186).
14. La descripción de Pecado de parte de Galdós hace énfasis en su carácter animalesco y elemental. La primera vez que se le ve en la novela es a través de sus ojos brillantes en la oscuridad como una bestia: "-Ves aquellas dos centellitas que brillan junto a la rueda? -le dice la abuela a Isidora-. . . Son los ojos de Pecado. . . Isidora vió en efecto, dos pequeñas ascuas. Su hermano la miraba." (p. 50). Y después, en relación con su deseo de satisfacción de ansias primarias, nos dice la tía Encarnación refiriéndose al hambre de Gargantúa que tiene:

Ya vez que lindo buitre me ha puesto Dios en casa -decía Encarnación-, es capaz de comerme el modo de andar si le dejo. El come y yo soy quien se harta; sí, me hartó de trabajar para su señoría. Pero ¡oye león, ¿algún día dirás: "Ya no quiero más?" Pecado devoraba con el apetito insaciable de una bestia atada al pesebre, después de un día atroz de trabajo. (p. 51).

15. En una clara presentación del tipo de relación entre Botín e Isidora —mediatizada por el dinero— este quiere terminar la relación con ella después de quitarle todo lo de valor que le había dado antes a cambio de sus servicios como amante.

A ver a ver. Todas las alhajas que he dado a usted y que no estén pignoradas, váyamelas usted entregando.

Isidora se quitó con nerviosa presteza las sortijas; sacó de una cajita varios objetos de oro, y todo lo tiró a los pies de Botín.

—Bien, bien —dijo el padre de la patria, no desdeñándose para recoger lo que estaba por el suelo—. Ahora quítese usted el mantón de Manila.

Isidora se lo quitó y haciéndolo como un lío se lo tiró a la cara.

—¿Quiere usted que le entregue todos mis vestidos?

—No es preciso que me los entregue usted —replicó Botín con calma feroz. Yo me haré cargo de ellos. Quítese usted el que lleva puesto. (p. 322).

La importancia de este nuevo paso en el descenso de la suerte y la proximidad a la prostitución de Isidora, lo hace notorio Galdós más adelante cuando describiendo la estrecha situación económica en que queda y para cuya solución temporal tiene que vender o pignorar sus vestidos, nos dice con cruel ironía: "Isidora, para atender a las apremiantes necesidades de cada día, empezó a despojarse de su ropa. No era la primera vez que se desnudaba para comer." (p. 341).

16. "Melchor decidió que fuese a El Escorial, y él quiso acompañarla. A Isidora no le hacía maldita gracia la compañía; pero las circunstancias, ay!, con su abrumadora lógica la obligaron a aceptarla. Hallabáse en las uñas de su insidioso prestamista, y no podía evadirse. Fue víctima de una emboscada, formada en las traidoras sombras de la miseria; cayó en una trampa de infame dinero, armada con el sebo de la vanidad. (p. 339).

La ironía de Galdós se expresa al sugerirnos las excusas que tendría Isidora para dar este nuevo paso en su sistema de supervivencia. Según ella, era víctima de una "emboscada". Sin embargo, el lector no olvida que a esta altura Isidora ya se ha entregado en las mismas circunstancias a Joaquín y a Botín. No es entonces, un procedimiento de parte de los hombres que ella desconozca y con el cual se le pueda engañar. Lo evidente aquí, y allí está la función de la ironía de Galdós, es demostrarnos el sistema de autojustificaciones de Isidora para la preservación de su concepto de nobleza y merecimiento. Es por demás, un avance en la sutileza taimada que va adquiriendo y que coincide con su degradación moral irrefrenable.

17. La relación de Isidora con Bou es una muestra de la utilización infame de un hombre enamorado. A esta alternativa recurre ella para adquirir el dinero que necesita. Sin embargo, Juan Bou, es el personaje que mejor hace una descripción de la figura devoradora y viperina de aquella peligrosa mujer por lo bella e inicua. En su conversación con Mariano, quien a esta altura anda a bordo de la estupidez, el barcelonés dice:

Tu hermana es una liquidadora como no se ha visto. En su corazón lleno de apetitos está escrito con letras de oro: "Abajo los ricos!" Buena pieza, sí. Es un tigre para el bolsillo ajeno. Quien ve aquella cara, ¿cómo habrá de sospechar lo que hay dentro? Quien ve aquellos ojos divinos, donde tienen su madriguera los angeles, ¿cómo ha de pensar que estos ángeles son una cuadrilla de secuestradores? (p. 419).

Y más adelante, narrando sus experiencias con ella —en una técnica de información que emplea Galdós para no referir los hechos directamente como lo ha hecho con Joaquín y Botín, nos dice Bou:

Cuando me mandó la primera carta con su padrino, pidiéndome socorros, me pareció que se me abrían las puertas del Cielo. "Esta es la mía -dije-, y con dos o tres cartas, yo proponiendo, ella aceptando, nos arreglamos". La puse en una fonda mientras arreglabamos una casita; yo estaba embobado; quería probar las delicias del mundo, . . . (p. 419).

18. Las opiniones políticas de Miquis son las de un individuo muy consciente y muy bien informado sobre los acontecimientos del día y de la historia de España. Demuestran además una preocupación real por el futuro de su país y el deseo de contribuir, al menos con ideas, a la transformación de las situaciones descritas como problemáticas.

Puesto que tanto se ha hablado del derecho a la vida, ¿existirá también el derecho al lujo? Si el populacho nos pide talleres nacionales, la alta vagancia nos pedirá algún día los casinos costeados por el Estado. Lógica, lógica, digo yo. Y a los que predicán el comunismo les digo: "Estáis tocando el violín porque el comunismo existe entre nosotros con tan profundas raíces como la religión: es nuestra segunda Fe. No falta más que perfilarlo, darle una última mano, y ponerlo bien clarito en las leyes, tal como lo está en nuestras costumbres. (p. 247).

Y la satisfacción del narrador, en este caso podríamos decir, del mismo Galdós, al exponer las atrevidas ideas de su personaje se ven claramente en comentarios de gran simpatía como este:

Augusto Miquis expone con su acostumbrada originalidad una peregrina paradoja. Según él, la mejor manera de acabar con los carlistas es dejarlos triunfar, traer a Don Carlos a Madrid y plantarle en el Trono. En España, el primer paso para la ruina de una causa es su triunfo. El carlismo guerrero se sostiene. El carlismo establecido no podrá durar un mes. (p. 253).

19. "—No, no puedo complacerte —repuso el joven, dejándose caer en una silla.
—Sí puedes, sí puedes, Augusto, por el amor de Dios. . . socórreme, socórreme, te diré. . .
—Si es nada más que un socorro. . .
Miquis turbado hasta lo sumo, apreció con rápida ojeada interior su situación. Se había casado seis días antes, estaba en la luna de miel! . . . Ser traidor a su joven y amable esposa! "No, no, no" gritó para sí y luego en voz alta:
—Pobre mujer, criminal o desgraciada, noble, plebeya o lo que seas, yo no te puedo amparar. . . busca en otra parte. . . (p. 373).

Independientemente de lo insensata de la petición de Isidora y de la misma imposibilidad de Miquis de darle el dinero que ella pide, la reacción de éste frente a la situación está captada por el pensamiento que siempre ha rondado en la cabeza del médico. De no existir esta tendencia lujuriosa no entraría en esta clase de crisis.

20. En un interesante y útil texto de Alicia Andreu, *Galdós y la literatura popular* en el que se hace una investigación sobre la clase de obras literarias que leían las mujeres españolas del siglo XIX considerándolas fuentes de formación moral problemática, se presentan algunas opiniones de Galdós sobre lo que él considera "la enfermedad moral de su patria" y cuya curación ve en el ofrecimiento de una buena educación. Una de ellas en que se refiere a las consecuencias en la mujer no educada, está expresada en el "Prólogo" que escribió en 1901 a la tercera edición de *La Regenta*, parte del cual cita la doctora Andreu.

En ella (Ana Osorio) se personifican los desvaríos a que conduce el aburrimiento de la vida en una sociedad que no ha sabido vigorizar el espíritu de la mujer por medio de una educación fuerte, y la deja entregada a la ensañación pietista, tan diferente de la verdadera piedad. (Benito Pérez Galdós en el "Prólogo" a la tercera edición de *La Regenta*, de Leopoldo Alas. *Obras completas* (Madrid, 1951), p. 1450) citado en *Galdós y la literatura popular*, p. 104 Madrid: Sociedad General Española de Librería, S.A., 1982.